

24 - La guerra de una joven entre las estrellas [Youjo Senki /Star Wars]

- [24 - La guerra de una joven entre las estrellas \[Youjo Senki /Star Wars\]](#)

24 - La guerra de una joven entre las estrellas [Youjo Senki /Star Wars]

La guerra de una joven entre las estrellas

24

41 BBY/959 GSC.

El campamento provisional era un bullicio de caos controlado, mientras hombres y mujeres corrían de un lado a otro, moviendo canisters de municiones y montando una improvisada posición antiaérea en el borde del bosque. Cazas y naves de explosión surcaban el cielo, intercambiando fuego en rápida sucesión —resultado de un casi acierto.

La luz parpadeante azul del holocom iluminaba mi rostro, su vibración apenas perceptible sobre los ruidos de hombres y mujeres preparándose para la inminente batalla. Hasta que todo quedó en silencio al culminar la revisión final de preparación.

"...Y esa es la situación al cierre de la noche pasada," reporté, con voz firme y exacta. Clínica. "Casi todas las naves enemigas en órbita destruidas. Su base más grande reducida a escombros. Sus fuerzas terrestres derrotadas. Los últimos de sus cazas se han agrupado para un último intento de ataque," por encima, el zumbido de motores pasaba rápidamente, acercándose más. "Justo en dirección a nuestros emplazamientos antiaéreos—"

Cuatro baterías antiaéreas abrieron fuego, iluminando el cielo nocturno con destellos rojos de cañones láser, y con el retumbar de sus ráfagas, demasiado fuertes para hablar sin alzar la voz. Una explosión iluminó brevemente el firmamento, el sonido vibrando en mi pecho y sacudiendo el holocom sobre la mesa. Los agudos lamentos de los propulsores de naves dañadas resonaban a lo lejos, como gritos agonizantes de banshees. Un latido después, más explosiones sacudieron el valle, lo suficientemente fuertes como para hacer caer el holocom de la mesa. Jango extendió la mano y lo atrapó antes de que tocará el suelo.

El tono de los motores que pasaban por encima cambió, bajando y girando hacia el norte— hacia nuestro punto de encuentro designado. Una vez más, el campamento se convirtió en un torbellino de movimiento y ruido mientras las personas comenzaban a desarmar las posiciones antiaéreas para warrear y mover el campamento. Sonreí.

“Corrección: acabo de recibir informes de que sus cazas han sido totalmente eliminados.”

Una gota de sudor recorrió mi cuello, cosquilleando por un momento antes de tocar mi ropa interior. El aire era una sopa húmeda, casi pantanosa, y deseaba terminar esto y dejar atrás la penumbra de la Plata Oxidada y su otro caos.

Los maestros Dooku y Jinn flotaban al otro lado del holocom, sus alrededores sugerían que disfrutaban de las comodidades de una fresca habitación de hotel en algún lugar lejano del campo de batalla. A su lado, Jaster hizo un sutil toque con dos dedos en su guante—lo que comprendí como un gesto Mandaloriano para una pausa silenciosa en el cálculo de batalla. Mientras tanto, Obi se mantenía erguida, con los brazos cruzados bajo su pecho, irradiando esa particularidad de calma que todos los Jedi parecen dominar.

Dooku lanzó una mirada: Sabes cómo se pone ella.

¿¡Saltó de una nave perfectamente operativa al vacío del espacio para enfrentarse sola a la nave insignia del enemigo!?

Jaster levantó su taza, seguramente de café espacial. “Buen trabajo. Qué forma de comenzar. Haremos lo posible por aprovecharlo en nuestro lado. Mientras tanto, Jango,” el hombre a mi lado se enderezó, “las órdenes siguen en pie. Tomar las estaciones de defensa terrestre y destruir esos últimos barcos, y luego limpiar la zona.”

“Entendido,” asintió Jango.

“Nos reuniremos con la condesa. La información que proporcionaste nos facilitará encontrar a los rebeldes más fácilmente y comenzar a colaborar,” Qui-Gon me envió una sonrisa. La reunión culminó pronto, dejando a Jango, a mí y a Maestra Dyas en torno a la mesa del campamento. Tomé un sorbo de mi café y observé a ambos hombres, compartiendo una mirada de reflexión.

“¿Reconocimiento para evaluar cuánto daño causó y cómo debemos proceder?” preguntó el Maestro Dyas, y Jango asintió.

“

“Debería”

“

“

“Mucho, muy breve”

—Pensé que dirías eso—, se rió el mercenario—. Entonces, teníamos una pequeña sorpresa preparada.

“

“

Mi boca se secó un poco y extendí la mano para tocarla. Jango continuó: “El alcance de ellas no es gran cosa. Un soldado equipado completamente puede volar aproximadamente doce millas sin detenerse. La altitud máxima la mantienen siempre que tengan combustible y oxígeno, pero hay que calcular la desaceleración y el aterrizaje. Pero para ti, dado tu tamaño, incluso si estuvieras totalmente equipado...”

“Tres veces eso con facilidad,” asentí. “Sí, investigué para ver qué tan factible era para mí.” También sabía que podía conectarla al casco de mi traje de vacío para usar la HUD y que venía con varias formas de control, incluido un mando a distancia que dirigía las boquillas según fuera necesario, o un sistema de seguimiento ocular que se integraba en la mayoría de los cascos inteligentes. Uno de los mayores problemas que había observado era que los fabricantes intentaban hacer mucho con ellas. Un lanzamisiles, ganchos de agarre y otras funciones inútiles. Si eliminaran todo eso y convirtieran ese espacio en un depósito de combustible, podrían obtener de cuatro a cinco veces más alcance. La función de un jetpack era la movilidad, ¡podías añadirle un punto de anclaje!

“Si tuviera un día, haría las modificaciones que quiero y aumentaría el alcance. Pero como no lo tengo...”

“Todos serán dejados cerca de sus objetivos y tú avanzarás a pie, usando el jetpack para escalar lo que se interponga en tu camino, y evacuarás una vez que disparen y estén a una distancia segura, por si alguna de esas naves no cae y devuelve el disparo,” explicó Jango.

Asentí. Tomando el jetpack, lo apoyé en mi espalda y lo ajusté en su lugar. Pesaba poco más de sesenta y cinco libras. Había llevado cargas más pesadas, pero en ese momento, representaba casi el noventa por ciento de mi peso corporal, considerando que pesaba unas setenta libras—todo músculo, por supuesto. Todavía crecía, pero mi peso era un poco superior al promedio para mi altura y sexo—gracias principalmente al entrenamiento y al aumento de masa muscular. Aún así, me ralentizaría al momento de pelear, así que sería necesario activar la liberación rápida de las correas para poder quitármelo en combate cuerpo a cuerpo.

“¿Cuándo partimos?”

Jango revisó el reloj y tarareó. “Partiremos en media hora.”

“Estaré listo,” afirmé y me giré, dirigiéndome a mi nave. Dejando el jetpack, me quité la bata y me puse el traje de vacío, ya que la fuente de energía del casco estaba integrada en él y no podía usar solo el casco. Luego, volví a ponerme la bata y el equipo adicional. Tomé el jetpack, lo sujeté y conecté a mi casco, asegurándome de que todo funcionara correctamente.

Cuando estuve seguro de que todo funcionaba, hice algunos preparativos finales: tomé tres pequeñas granadas para llevar en mi cinturón y una carga de ruptura, que generalmente era más rápida que intentar abrirse paso cortando. Luego salí al exterior, desmonté el jetpack y me senté a esperar. Una persona pasó y me entregó un ear bead. Lo sincronice con mi holocom y lo conecté a la red, para tener acceso a las comunicaciones.

“Prueba de radio,” dijo alguien en la línea, y un flujo de verificaciones comenzó a llegar. Esperé una apertura antes de confirmar, y verifiqué que estaba transmitiendo.

Finalmente, Jango se acercó y saludó a todos los que estaban en movimiento. “Muy bien, gente, atentos. El Maestro Dyas,” asintió hacia el Jedi en cuestión, “irá en una moto speeder. Los demás, realizaremos una inserción estándar a gran altitud. Ascenderemos, estableceremos nuestros objetivos y saltarán cuando lleguemos a ellos. Aterrizar cerca, luego diríjense a pie hasta allí. Confirman cuando estén en posición y esperen mi señal. Las estaciones terrestres que tomaremos tienen un máximo de cinco miembros en el lugar. Una vez que los eliminen, informen y pasaremos a la fase dos. Encenderemos los cañones, los sincronizaremos y destruiremos las naves en órbita. En cuanto disparen, evacúen y radiquen para la recuperación cuando estén al menos a cinco millas del sitio. ¿Alguna duda? ¿Comentarios?”

Pensé en recordarles que probablemente enfrentábamos a los Abyssins y que deberían terminar el trabajo después de que los disparos iniciales los derribaran, pero descarté la idea. Todos eran profesionales consumados. Sería como que un recluta novato recordara a su comandante asegurarse de que tuviera una ronda en la recámara. Innecesario y un poco insultante. Así que mantuve la boca cerrada y esperé.

Cuando nadie dijo nada, Jango asintió. “Prepárense.”

Seguí a los demás hasta una nave de transporte y me senté entre Jango y una Mandaloriana a la que no conocía el nombre. Desplegué mi casco, lo puse y activé la pantalla de visualización digital, luego me acomodé para el vuelo mientras la nave despegaba y comenzaba a ascender. Después de unos minutos de vuelo, mi HUD parpadeó y apareció un mapa de la región, señalando nueve estaciones de defensa como nuestros objetivos. Una en particular cambió a rojo y apareció mi nombre sobre ella. Estaba en la cima de una montaña aplanada, en un área densamente arbolada. Comenzó una cuenta regresiva y varias Mandos, incluido Jango, se levantaron. Él me golpeó el hombro y lo seguí mientras el grupo regresaba a la escotilla en la parte trasera de la nave.

La cuenta llegó a diez segundos y la puerta de la bahía se abrió. Cuando llegó a cero, el grupo corrió hacia adelante y saltó. Seguí tras ellos, parpadeando mientras mi HUD se actualizaba y delineaba la trayectoria de vuelo hacia mi objetivo. Con movimientos suaves y bien coordinados, orienté mi cuerpo hacia mi destino y me dejé caer—disfrutando unos momentos del descenso en caída libre.

“¿Todo en orden allá arriba?” preguntó Jango en mi oído a través del canal del escuadrón.

“Estoy bien,” confirmé, y activé la mochila propulsora. No era exactamente como volar por mí mismo, pero resultaba divertido. Rápidamente perfeccioné los detalles del vuelo con mochila y me preparé para un descenso con motor. Cuando estaba a solo una milla del objetivo, elegí un lugar adecuado un poco más abajo en la montaña, alejándome del emplazamiento y cambiando el rumbo hacia allí. El camino de subida estaba cubierto de bosque y los árboles ofrecerían una buena cobertura al acercarme desde el nivel del suelo.

A menos de cien pies del suelo, volteé y aceleré bruscamente, ralentizando mi descenso. Aterricé con un golpe y tropecé unos pasos, pero admito que fue bastante bueno para un primer vuelo y

aterrizaje. Mucho mejor que en mi primera caída con una fórmula de vuelo. Pero hay una razón por la que inicialmente hicimos aterrizajes en el agua con ella: para evitar que los nuevos magos aéreos se estrellaran contra el suelo.

Tomé mi bláster carabina, me refugié tras la cobertura, me agaché y barrí la zona mientras extendía la Fuerza y me abría para escuchar las emociones cercanas, asegurándome de que nadie estuviese a nuestro alcance ni me hubiera sido detectado al acercarme. Sin percibir nada, cambié la mira a una posición de preparación baja y comencé una marcha rápida a través del bosque y hacia la cima de la montaña.

“En mi blanco,” anunció el Maestro Dyas a través de las comunicaciones unos quince minutos después.

“No te apresures. Tómate tu tiempo y mantente oculto,” recordó Jango a los demás, y yo desconecté las confirmaciones para concentrarme en avanzar de manera rápida y silenciosa.

Con el tiempo, el terreno empezó a inclinarse abruptamente hacia arriba y tuve que escalar o usar la Fuerza para saltar, en ocasiones activando breves ráfagas del jetpack para superar secciones escarpadas de la cara rocosa de la montaña. Finalmente, la línea de árboles se detuvo y la cima de la montaña apareció ante mí. Me arrastré acostado, avanzando hasta el borde y espí por encima.

No vi cámaras exteriores. No había vallas. Plaza de aterrizaje para vehículos aéreos y un pequeño estacionamiento. Un transporte terrestre. La tierra alrededor de la perímetro está muy desgastada, como si patrullaran ocasionalmente o simplemente estiraran las piernas.

Desfora el jetpack y lo coloqué a un lado, luego me agaché. Me quité el casco, lo doblé y lo fijé a mi cinturón por ahora. Con un toque en el pequeño dispositivo en mi oreja, dije: “Posicionado. Cuarenta metros del objetivo. Esperando confirmación para avanzar.”

“Recibido. Mantén la posición,” respondió Jango unos instantes después, y me preparé para esperar.

Durante la siguiente hora, recibimos más confirmaciones a través de la red de comunicaciones, hasta que finalmente, parecieron estar todos. Entonces, Jango dio la orden: “Todos los equipos, cierren filas y prepárense. Confirмен dispuesto y esperen la orden de entrada.”

Hice una última inspección más allá de la línea de la cresta para asegurarme de que nadie nos observaba, luego agarré el arnés del jetpack y lo llevé conmigo mientras me desplazaba sigilosamente hasta el edificio, buscando la única entrada. Deposité el jetpack en el camino, lejos de la puerta, y me puse de pie junto a ella. Una rápida revisión confirmó que estaba asegurada; necesitaría cortar o volar la cerradura. Sacando mi carga de ruptura, la coloqué en la puerta para forzarla y retrocedí unos pasos, preparando el detonador con una mano y la culata de mi bláster carabina con la otra.

“Listo para romper,” informé, y quedé a la espera. Respiré hondo, extendiendo mis sentidos y detectando las presencias en el interior. Cinco personas. Todos aburridos y dispersos por el interior del pequeño edificio.

Lanzar la carga, dejar el detonador, entrar rápidamente y en silencio. Barrer de izquierda a derecha con el bláster, cinco disparos. Asegurar la habitación y luego rematar a cualquier sobreviviente.

Mi músculo se tensó, la energía nerviosa me invadía. Los nervios previos al combate que nunca lograba eliminar. Sentía mi núcleo aprisionado, la respiración se me hacía más superficial a menos que forzara a respirar profundamente. Mi corazón latía con fuerza en el pecho, con el pulso ensordeciendo en mis oídos. Sentía frío y calor a la vez, y sabía que sudaba; solo mi capa interior evitaba que mi sudor recorriera mi cuerpo.

Todo se agudizó. Me aburrí.

“¡Entrada!”

“Despejado. Objetivo asegurado.”

Me acerqué al ordenador de puntería y revisé la lectura del radar en tierra. Aún había tres naves en órbita y, tras unos instantes, una voz en mi oído me indicó cuál seleccionar y bloquear. Luego, solo quedó esperar a que las otras concluyeran sus preparativos. Durante ese tiempo, me pregunté por qué no habíamos establecido un tiempo razonable para que ellas dispararan, ya que no era necesario hacerlo manualmente—los sistemas de control permitían disparos automáticos o preprogramados.

Un pequeño descuido. Lo corregiremos la próxima vez. Si es que hay una próxima vez,

De repente, una transmisión en el canal de la escuadra captó toda mi atención—lo que, según mi conteo, debía ser el último equipo. “¡Este es el equipo seis! Blanco asegurado, pero el enemigo logró enviar un aviso de emergencia y uno de ellos destruyó la consola aquí. ¡Estamos en problemas! No hay manera de adquirir el objetivo ni disparar.”

Mi corazón latía con fuerza en el pecho mientras mi mente se aceleraba. En la distancia, escuché a Jango preguntar, “¿Y la copia de respaldo manual? Podemos ingresar las coordenadas y tú puedes girar manualmente y disparar.”

No. ¡No, será demasiado tarde! ¡Demasiado, demasiado tarde! Si consiguieron enviar una advertencia, cualquier transmisión fuera de lo común, quien estuviera escuchando probablemente ya tiene control sobre el sistema central, con el cual estos dispositivos están conectados en red, de modo que todos pueden disparar remotamente si es necesario. Saben que estamos aquí y seguirán, incluso ahora, preparando un apagón total de toda la red para asegurarse de que no tomemos otras instalaciones.

Primero, convocarán a todas las estaciones para verificar que estén bajo un control autorizado—ya sea una videollamada en holograma o algún mensaje en el ordenador. Luego, cuando fallen esas verificaciones, nos desactivarán. Tenemos... quizás dos minutos, como máximo. Y luego seremos destruidos. El enemigo entenderá que hemos desplegado una fuerza invasora aquí abajo. Solicitarán refuerzos. Traerán más naves. La misión general fracasará y hay altas probabilidades de que todos muramos.

Sugerido

“Justo ahora

Hubo un momento, apenas un instante, y then Jango regresó, “¡Fuego en todas las estaciones!”

Presioné el botón para disparar y la estación en la que me encontraba tembló al hacerlo. Al revisar la pantalla, ví cómo desaparecían dos de las naves y comencé a ingresar las coordenadas para la tercera. Antes de terminar, el sistema quedó en oscuridad—apagado por completo.

“

Él aún evaluaba a los Mandalorianos en busca de un candidato para el proyecto que había encomendado a los Kaminoanos, pero sentía que Jaster y Jango estaban en sus diez mejores opciones. Los otros Mandalorianos habían demostrado ser capaces hasta la fecha, pero ninguno destacaba como esos dos. Su mirada volvió hacia Tanya y una sonrisa amarga escapó de sus labios.

Si no fuera por la advertencia de los Kaminoanos de que clonar a usuarios de la Fuerza solía tener resultados impredecibles y algo especial,

Billones de clones

necesitaba otro que fuera tan efectivo

No puedo usar Jedi para hacer clones de esta ejército, pero quizás debería consultar a Tanya sobre estrategias de entrenamiento. Ver qué tiene ella en comparación con los Mandos y el Ejército de la República. Tal vez de donde ella proviene había algo lo suficientemente diferente como para sorprender al enemigo.

Una presencia familiar en la Fuerza llamó su atención y, al mismo tiempo, vio a Tanya mirar en esa dirección. Los Mandalorianos se alertaron unos instantes después al oír el sonido de los motores, pero Sifo exclamó, “Es un amigo. Otro Maestro Jedi.”

Eso los hizo mirar a Jango, quien asintió y ordenó: "Continúen con lo que estaban haciendo."

Las tropas regresaron a sus tareas habituales mientras la nave se acercaba sobre el bosque donde acampaban. Después de unos momentos, encontró un lugar adecuado para aterrizar y se acomodó. Poco después, sintió que la presencia de la Fuerza se acercaba, atravesando el bosque. Pronto, ella caminó hacia la luz de una de las fogatas y la gema cuadrada en su frente reflejó la luz. Sifo-Dyas sonrió, saludando con la mano a la mujer de piel morada y cabello blanco, de figura pequeña.

Se puso de pie cuando ella se acercó, y la mujer mayor le sonrió, abrazándolo con calidez. “Maestra Lene, qué gusto verla.”

“Igualmente, Sifo,” asintió, apretándolo suavemente y soltándolo después, antes de pellizcarlo en el costado, ganándose un siseo del hombre. “Y solo Lene, por favor, niño. Hace tiempo que dejé de ser tu Maestra, y ahora tú también eres un Maestro.”

“Siempre serás mi Maestra,” se atrevió a decir Sifo riendo suavemente, antes de señalar las sillas del campamento. “Por favor, siéntense. Hay comida, si tienen hambre.”

“Con eso estaría bien, si tienes té,” susurró ella, y Sifo asintió, tomando una tetera, llenándola de agua y colocándola sobre el fuego para calentarla.

“Entonces, Maestro, ¿qué le trae a Serenno?” preguntó en voz más baja. Luego, añadió: “Ambos sabemos que la historia sobre artefactos Sith no es más que invención.”

“Mm, cierto,” susurró Lene. Sin dejar de mirar, sus ojos castaños se dirigieron hacia donde Tanya había dejado a Jango para practicar durante la noche, con una de sus sables plateados blancos cortando en un kata de Makashi. “Quizá quería ver a esta alumna que has aceptado.”

Sifo negó con la cabeza, riendo suavemente. “Ella no es mi alumna, Maestro. Más bien, es la padawan de Dooku en todo salvo en el nombre.”

La mujer mayor asintió. “Sí, eso lo veo en ella.” Sin apartar la vista de la figura de Tanya, dijo: “No, vine porque siento que estamos en un momento de gran importancia. Uno de los puntos decisivos de Mace. Tuve una visión, una de esas visiones profundas: un futuro grandioso y brillante, lleno de esperanza y de nuevos comienzos. Pero también un futuro oscuro y terrible, con mucha muerte y derramamiento de sangre. Creo que nos esperan tiempos difíciles, y en este momento se decidirá el rumbo que tomaremos.”

“Entiendo,” suspiró Sifo. “Sí, he tenido visiones similares. Cada vez estamos más convencidos, basándonos en las evidencias y pistas que hemos hallado, de que los Sith han regresado. Pero, ¿por qué Serenno?”

“No estoy completamente seguro,” admitió Lene. “Pero es la naturaleza de los Sith corromper todo lo que tocan. Y mira quiénes están aquí: cuatro Maestros Jedi y dos padawans. Ella ya no está del todo en el lado de la luz. Eso la convierte en un blanco tentador para un Sith. Pero creo que Tanya no es el objetivo principal; solo es alguien con potencial para verse envuelta en algo mucho más grande que nosotros. Es difícil saber qué pasará con ella. Su futuro está envuelto en sombras.”

“Eso he visto,” susurró Sifo. “Las visiones que he tenido son diversas. He visto a una ella como Jedi luchando contra droids, pero también he visto...”

“¿Vestida completamente de negro, con un sable rojo?” preguntó Lene, y Sifo asintió. “Yo también. Pero no he sentido la malicia que he percibido en otras visiones de Sith.”

Saliendo un suspiro, Sifo apartó la tetera del fuego y sirvió dos tazas de té, entregándole una a Lene. “Así que ese punto decisivo, esa crisis... Es Dooku, ¿verdad? Después de todo, es su hogar, y tiene familia aquí.”

“No puedo afirmarlo con certeza, pero esa es mi sospecha, por esas razones. Igualmente, no sé cuál sería el curso correcto para evitar ese futuro.”

Sifo meditó durante unos instantes, saboreando lentamente su té. Finalmente, preguntó: “¿Estamos completamente seguros de que ese es un futuro que debemos aceptar?”

Lene suspiró profundamente, luego soltó una carcajada suave. “Es así, cierto. Sin embargo... resulta difícil aprobar el incendio cuando eres tú quien está siendo devorado por él.”

“Cierto.”

“Hmm...”

Sifo frunció el ceño, asintiendo después. “Reflexionaré sobre tus palabras, Maestro.”

“Muy bien,” sonrió ella, sacando su sable de luz y dirigiéndose hacia donde Tanya practicaba.